

El teatro  
de  
sombras griego

**Carlos Spinedi \***

El destartado camioncito se detiene en el fondo de la única plaza del pueblo. Su carrocería, que luce imágenes de mil colores pintadas directamente sobre la chapa, se recorta nítida contra el blanco immaculado de las paredes vecinas. El hombre, despacioso y sin quitarse la gorra, comienza la tarea de descargar los paneles del pequeño tablado, mientras su ayudante, en silencio, los va armando. Los niños que vuelven de la escuela, se arremolinan nerviosos sin perder detalle. Un cartel, pegado sobre la puerta derecha del vehículo, anuncia en letras de molde, dibujadas a mano: “HOY — FUNCIÓN” y más abajo: “*Karaghiozis Capitán*” (3 actos). La negra silueta de un barco de vela con una figura contrahecha al timón, oficia de ilustración y por último: “*Entrada: 2 dracmas — Aquí, a las seis de la tarde*”. Los niños, como respondiendo a una orden, corren vociferando hacia sus casas con el pretexto de merendar y con la secreta intención de procurarse las monedas —por las buenas o por las malas— que les permitan asistir al espectáculo.

Esta escena es posible imaginarla hoy —en cualquier lugar de Grecia— ya en el continente, ya en las islas —y también en cualquier momento del siglo XIX— sustituyendo el camión por un carromato.

\* Escritor, abogado, periodista literario argentino. Colaborador de diversas revistas y los suplementos literarios de *La Prensa* y *La Razón* de Buenos Aires.

## ¿Qué es karaghiozis?

“Karaghiozis” es la palabra mágica capaz de proyectar a un griego hacia su infancia. Al presente, una variedad del “teatro de sombras” que, en Grecia, ha alcanzado amplia y creciente difusión y que lleva por nombre el de su figura principal. Su público es predominantemente infantil o adolescente; su repertorio, incontables farsas de fuerte contenido satírico o historias de las aventuras de bravos capitanes nacionales y de personajes míticos; sus protagonistas, cuatro o cinco figuras que giran alrededor de *Karaghiozis*, el infaltable y popular personaje central.

Un animador, colocado detrás de una pantalla de tela blanca, manipula una suerte de títeres bidimensionales articulados, hechos hoy de diversos materiales —antaño de cuero o paño grueso calado— cuyas sombras se proyectan agrandadas sobre la pantalla por obra de una luz colocada detrás de ellos. Un público bullicioso contempla del otro lado las siluetas animadas cuyas voces son, por lo general, interpretadas por el mismo animador. El efecto es fantasmagórico, el lenguaje grosero, por momentos soez, los argumentos y las situaciones grotescas. Este espectáculo, que el siglo pasado agonizaba sin remedio en míseros tablados de provincia, ante el desprecio de las clases cultas, es objeto hoy de una creciente revalorización.

Algunos escritores de nota no desdeñan escribir piezas para él; otros se preocupan por investigarlo y redescubrirlo; numerosas capitales europeas y americanas han sido, y son, escenario de sus representaciones. *Karaghiozis* —verdadero *fósil cultural viviente*— da muestra de una envidiable vitalidad; se transforma adaptándose a la época, con fuertes notas de actualidad (“Uno: —¿*Karaghiozis*, le gusta a usted bailar el rock? K: “Sí, mucho. Especialmente cuando me están dando patadas en el c...””). Como se advertirá, realismo es lo que sobra.

Cuando un visitante manifiesta en Atenas el deseo de ver *Karaghiozis* es casi seguro que le contestarán: “¿*Karaghiozis*? No vale la pena perder el tiempo con eso” Si insiste, le explicarán pacientemente que se trata de un mero entretenimiento para niños, sin ningún interés. Si es tan descortés de insistir, después de tales respuestas, le indicarán a dónde ir a verlo, tal como si siempre que les se manifiesta el interés por esta “popular” Pbarriende Plaka<sup>1</sup> Esididmuchaños antes queñadog Karaghiozis desbasta referencia peyorativa, un adjetivo insultante, en el lenguaje cotidiano de los griegos.

1 Lamentablemente en 1990 comprobamos la desaparición del teatro de *Karaghiozis*, del animador Yorgos Xaridimos que estaba al pie

de la Acrópolis, en Plaka. Su lugar lo ocupa ahora una elegante confitería.

## Karaghiozis histórico

Desde el punto de vista histórico el análisis de Karaghiozis puede ser intentado desde tres ángulos: a) como técnica expresiva, “teatro de sombras”; b) por su contenido, “farsa popular” y c) como personaje.

El “teatro de sombras” reconoce remotísimos y múltiples antecedentes, por lo que resulta muy difícil determinar su origen con precisión, tanto en el espacio como en el tiempo. En China fue ampliamente conocido en la antigüedad, donde aparece ligado, al igual que en otros países orientales, al culto de los muertos; es decir de las sombras. Las “sombras chinas” eran muy populares y constituían un espectáculo apto para mujeres en una época en que la asistencia al teatro les estaba prohibida.

En Java, donde alcanzó rara perfección y gran popularidad, a esta forma de teatro se la conoce bajo la denominación de “*wayang kulit*” y en ella se representan obras legendarias como el Ramayana (Las aventuras de Rama) o el Mahabharata. La persona encargada de la escena es el “*dalang*” —titiritero— quien para el público aparece como un verdadero mediador entre los hombres y los dioses. En la India se han localizado sus rastros más antiguos, que se remontan a centurias anteriores a Cristo. Es posible igualmente reconocerlo en Egipto, bajo la forma de “Teatro de siluetas” —no articuladas y confeccionadas con piel de camello—, de donde pasó, casi con seguridad, a la cuenca del Mediterráneo oriental, junto con el espectáculo de “mímica”, ambos antecesores directos de Karaghiozis. En todos los casos, al igual que las otras manifestaciones teatrales, su origen fue religioso, hasta terminar desacralizándose con el tiempo.

Como “farsa popular”, el Karaghiozis se origina, igual que su ilustre pariente la comedia satírica ática, en las manifestaciones dionisiacas helénicas; en la danza de los sátiros y las procesiones —“*komos*”— donde el pueblo participaba activamente, intercambiando con los sacerdotes y los neófitos, en una suerte de ritual mágico, toda clase de insultos y denuestos, en medio de memorables algazaras (bacanales). Todavía en 1957, en una localidad griega en el Peloponeso, se celebraba el último domingo de carnaval, el “casamiento de Karaghiozis”, fiesta popular muy bulliciosa donde los habitantes del pueblo se hacen objeto de toda clase de pullas y chanzas obscenas como remate de otras celebraciones de evidente raíz dionisiaca.

El origen de *Karaghiozis* personaje, por su parte, está fuertemente controvertido, y ha desencadenado una interminable polémica entre turcos y griegos, ya que ambos reivindican su paternidad. Los primeros parecen llevar la mejor parte. A su favor debe anotarse el hecho de que “*karagioz*” (el de los ojos negros) es palabra de origen turco y que puede ser asociado a algunos personajes, más o menos, históricos.

Según un investigador turco, en tiempos del sultán Solimán —época en que el teatro de las sombras había alcanzado gran popularidad y difusión— un obrero de ojos negros se distinguía por las divertidas historias que contaba, entorpeciendo con ello la construcción del templo, al distraer a los otros trabajadores de su tarea. Enterado, el sultán habría restablecido la disciplina ordenando cortar la cabeza del gracioso, pese a que alguna vez también él se había entretenido escuchándolo.

Esta dudosa historia —que parece inventada a la medida— acierta cuando subraya ya el eterno conflicto de nuestro héroe con la autoridad y yerra cuando nos lo presenta como un trabajador. Más cerca de la verdad parecen estar quienes apuntan a la figura de alguno de los gitanos que habrían introducido en Turquía, desde Egipto, el “teatro de sombras”.

En Persia puede rastrearse a nuestro ubicuo personaje bajo el nombre de “*ketchel-pejlivan*”<sup>2</sup> y también en Túnez y Argelia, como “*karagus*”. Los griegos pretenden para el nombre otras etimologías, no muy convincentes y remontan a Karaghiozis hasta Bizancio donde se lo identifica, sin mayor certeza, con un famoso actor cómico del siglo VI llamado Karamallou, es decir, “el de cabellos negros”.

La verdad pareciera ser que Karaghiozis —no el teatro de las sombras— fue introducido en Grecia durante la ominosa y larga ocupación otomana —vía los Balcanes— y que allí prendió, con modalidades propias, en la imaginación popular, proclive a los desafueros de la comedia satírica, que no podía en esos tiempos de cruel despotismo, ser representada por actores, sin que éstos corrieran serios riesgos.

Los primeros rastros de Karaghiozis en Grecia aparecen en el siglo XIX. Lord Byron testimonia haber visto una función de Karaghiozis turco en la ciudad de Yanina, en el Epiro, en el año 1809. “Era —escribe— un espectáculo con muñecos, animado por un judío... una especie de *sombras chinescas* representado en el rincón de un café lleno de espectadores jóvenes...”.

Ya proclamada la independencia de Grecia moderna, en el periódico “Taxípteros Fimi” (La fama de rápidas alas) de Nauplia, del 18 de agosto de 1841, se registra el primer testimonio escrito sobre una representación de Karaghiozis en Grecia. Y ya en 1852 se consigna otra en Atenas:

Tan profundamente ha calado en el pueblo griego, que el poeta Yorgos Seferis, Premio Nobel de Literatura de 1963, no vacila en sostener: “*Karaghiozis es nuestro, de nuestra nación, parte de nuestra herencia; algo sagrado, no exótico*”.

Ya en 1948, el inolvidable poeta griego Angelos Sikelianós le escribía entusiasmado al animador de Karaghiozis, Sotiris Spatharis: “Tu arte está en la raíz misma del alma y de la vida popular. Feliz aquél que puede apreciarlo con la seriedad que se merece”.

“A través de él no sólo rezuma la vivaz sabiduría de nuestro pueblo ante las contrariedades de este mundo, sino que también es posible descubrir la espontánea fuerza que encierra en su interior y con la cual vence, con incomparable valor, todas esas contrariedades, ascendiendo por los escalones de una inteligencia superior, hasta las cumbres del heroísmo y todo eso con una humanidad y una cultura que sólo tiene

2 En el teatro de sombras turco existe un personaje llamado “el persa” para quien se reservan los papeles ridículos.

A su vez, retribuyendo atenciones, en el “Ketchel-pejlivan” los papeles ridículos son encarnados por un otomano.

parangón en el verdadero gran arte” y, por su lado, el pintor surrealista ateniense Nikos Engonópulos, en un opúsculo<sup>3</sup> que en 1980 dedica al tema, afirma que Karaghiozis está tan estrechamente vinculado al helenismo y al teatro griego, que algunos grandes actores helenos como Kokinis o Logothetis no han vacilado en aproximarse a él en sus actuaciones escénicas.

## Karaghiozis, personaje

Que es la estrella del “teatro de sombras”, es lo primero que puede decirse de Karaghiozis; lo segundo que es un pícaro, en el sentido lato de la palabra. Feo, muy feo, calvo, narigón, jorobado; literalmente un esperpento. Siempre anda descalzo y vive en un miserable rancho de los arrabales. Uno de sus brazos es desproporcionadamente largo —y muy articulado— lo que le permite rascarse la cabeza con soltura —gesto típico con el que subraya sus desconciertos— y también rapiñar alguna cosita cuando la oportunidad es propicia. Es obviamente pobre y además mujeriego, vago, oportunis-ta, boca sucia, glotón, socarrón, “caradura”; pero no es de mala entraña, ni servil, ni tonto, ni cobarde. Cuando cuadra, se muestra buen patriota. Su natural desparpajo inspira simpatía, especialmente entre la gente del pueblo, que oye, puesto en su boca, aquello que piensa y no se atreve a decir. Por ello no resulta totalmente insólito el paralelismo que algunos han creído descubrir entre las figuras de Karaghiozis y Esopo: ambos son feos, jorobados e ingeniosos voceros de la sabiduría popular. Sin mostrarse demasiado inteligente, Karaghiozis provoca la risa de los espectadores con chistes y juegos de palabras de tono subido, los que subraya con gestos adecuados. Los libretos están llenos de *gags* y dejan amplio margen para la improvisación y el diálogo de Karaghiozis con el público.

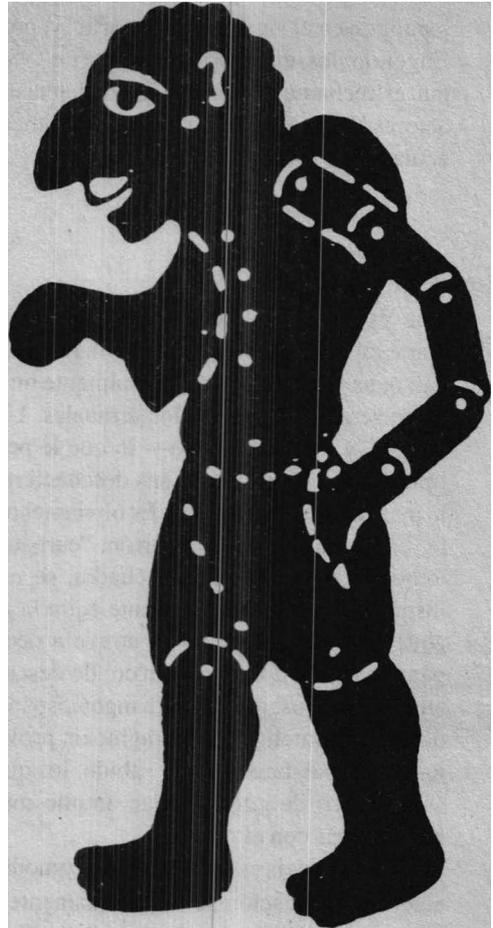
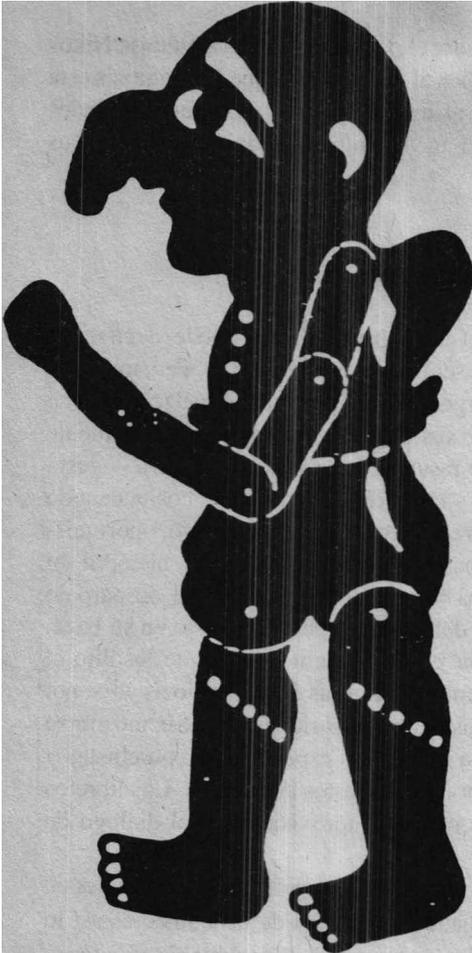
Karaghiozis es una suerte de comodín, en el cual cada uno de los roles sociales de alguna significación se ve satíricamente reflejado. Los títulos de las comedias así lo testimonian: “Karaghiozis Capitán”; “Karaghiozis abogado”; “Karaghiozis guía turís-tico”; “Karaghiozis médico”, etc.

Se lo ha vinculado con Polichinela, con Scaramouche, con Till Eulenspiegel, con el Guignol francés. Esta aproximación vale en tanto se admita que la comicidad es de esencia popular y que brota en todas las latitudes bajo aspectos semejantes, tan curiosamente parecidos, que se tiende a descubrir entre ellos filiaciones directas, muchas veces más imaginadas que reales.

Karaghiozis es el más inocente —se ha dicho— y el más amoral de los protagonistas de la internacional *“comedia dell’arte”* en las profundas diferencias que

3 Engonópulos, Nikos. “Karaghiozis. Teatro de

sombras griego”, p. 30. Ypsilon Biblia. Atenas, 1980.



Karaghiozis confeccionado por el animador Memos Brajalis

lo separan de tal condición. El bufón dialoga con el rey y Karaghiozis con el pueblo. El bufón es tolerado por la clase gobernante y Karaghiozis es despreciado por ella y por momentos perseguido —todas las “patadas” son para él—. Pero, por sobre todo, el bufón es un resentido que descarga agresivamente su frustración sobre aquellos que se burlan de su inferioridad social y física. No es el caso de Karaghiozis, en quien es posible ver a un marginal, un arrabalero, pero nunca un desclasado.

Algún sociólogo ha creído descubrir en Karaghiozis “una protesta social activa y continua”. Esta afirmación, por su generalidad, no aclara en definitiva nada. Es cierto

que las obras representadas en este singular teatro muestran un grado de inconformismo perceptible, siempre presente; pero no lo es menos que, en la raíz de toda manifestación humorística pública, existe una denuncia del orden establecido —siempre injusto para quien lo padece— que sirve de núcleo para desencadenar la risa del espectador al descubrirse ocultas semejanzas entre el mundo de la fantasía crítica y la vida real. No se trata de otra cosa en el teatro Karaghiozis que de provocar esa risa, merced a la utilización de una imaginación grotesca y un realismo vigoroso. Creer otra cosa supone comenzar a “idealizar” un hacer cultural que carece de ideología y de propósitos políticos evidentes.

Karaghiozis es la voz del hombre simple, bonachón, trabajador, fiel, sufrido, que observa a su alrededor los efectos deletéreos del poder y que, en lugar de expresarse de una manera violenta, prefiere exteriorizar su descontento representando una historia grotesca, construida a partir de una anécdota o situación más o menos real, en la cual desliza de una manera ingenua su visión como una advertencia. Y aunque son objeto de sátira y ridículo militares, curas, políticos, abogados, médicos, etc., debe advertirse que los “buenos” no son allí mucho mejores que los “malos”. Existen diferencias que nacen de las circunstancias, pero el jorobado Karaghiozis no invita precisamente a la identificación. En esta forma de teatro no hay “villano”, no hay “moraleja”.

Pero las obras del teatro de sombras griego no se agotan con las sátiras a la vida cotidiana, sino que en él —y en eso se diferencia también de su similar turco— se representan piezas inspiradas en la mitología y en la antigüedad helénicas, entre las cuales adquieren un valor destacado las dedicadas a Alejandro Magno y sus aventuras, así como las que se refieren a la revolución de 1821, con la que el pueblo griego comenzó la lucha en pos de su moderna independencia nacional. En estos dramas aparecen personificados héroes como Andrutsos, Athanasios Diakos, Markos Botzaris y Karaiskakis, junto a otros míticos como Katsandonis o el Capitán “Greece”.

Un estudioso del tema, Atanasios Fotiadis, autor de una monumental recopilación sobre el teatro de sombras griego<sup>4</sup>, arriesga una simplificación no del todo descabellada: la única protesta que encarna Karaghiozis es la del hambre. Y algo de cierto hay en esto; porque el hambre de Karaghiozis es ancestral y omnipresente. Él reduce la realidad a su apetito insaciable, que aparece como una constante. Un rey para él es alguien que puede comer todo lo que quiere; sus sueños están poblados de salsas y comidas; una mujer puede ser muy atractiva por su belleza pero también porque supone la posibilidad de comer: (*K: (al pie del balcón): “Anda linda, tírame una aguja”. Mujer: ¿Pero cómo la vas a encontrar si es de noche? K: “Bueno, entonces tirámela pinchada en un pan”*).

En el fragmento de la obra “Nuestro Gran Circo”, de Iákovos Kambanellis, que transcribimos, puede advertirse la patética ansiedad de Karaghiozis, que sólo aspira a

4 Fotiadis, Atanasios. “Karaghiozis, el refugiado”. Teatro de sombras griego (un estudio

etnográfico). 523 págs. Gutenberg. Atenas, 1977.

comer pan, porque, para su sabiduría de pobre, ello está dentro de lo posible; conoce de antemano que siempre ocurrirá algo que impida su acceso a un banquete aunque, como en el caso presente, le esté dedicado:

- “BARBAYORGOS: —Salí afuera, animal.  
KARAGHIOZIS: (adentro): —¿Por qué, tío? ¿Qué hice?  
B.: —Salí afuera, porque si no te sacaré yo.  
K.: (sale): —Oiga, tío, ¿qué ocurre? ¿Tenemos elecciones?  
B.: —Vení que te doy un beso.  
K.: —¡Dios mío! ¿Qué estás por hacerme, tío?  
B.: —Te hemos elegido rey, animal.  
K.: —¿A mí?  
JATZIABATIS: —Sí; a ti, Karaghiozis.  
K.: —¿Y sin preguntarme?  
J.: —A usted lo ha elegido el pueblo.  
K.: —¿Y quién ha metido al pueblo a elegirme a mí?  
ÑIÑOS: —Esta vez, mi corazón, ha elegido al predilecto de su alma.  
K.: —¿Ah, así? Entonces tendremos dictadura.  
J.: —No llames al destino, querido. (A los demás): vengan a preparar el festejo de la coronación.  
K. —¿Vamos a comer?  
J.: —Seguramente, mi querido.  
K.: —Entonces comencemos rápido, para poder alcanzar algo.  
J.: —Enseguida.  
K.: —¿Qué comida habrá?  
B.: —Cien corderitos a la parrilla.  
K.: —Pan, ¿habrá?  
J.: —Cincuenta ollas con carne y papas.  
K.: —¿Pancito, habrá?  
N.: —Doscientas langostas con mayonesa.  
K.: —¿Cuánto pan habrá?  
MORFONIOS: —Cincuenta pavos y cincuenta patos rellenos con castañas y piñas.  
K.: —Pero, ¡óiganme! ¿habrá pan?

Una nota singular del Karaghiozis griego, a diferencia del turco o de la “atellana” itálica, es la gran cantidad de personajes secundarios que acompañan a Karaghiozis, dándole pie para sus bromas y payasadas escénicas. Sin embargo, sólo un puñado aparece en la mayoría de las obras. Los otros suelen aportar el color local, pues cada uno de ellos proviene de una región determinada: como el Capitán Nicolás, de Hydra; Manusos, de Creta y más recientemente Yerásimos, de Cefalonia.

El carácter de estos personajes aparece fuertemente estereotipado y el público, al

identificarlos, sabe qué puede esperar de cada uno de ellos y cómo se conducirán en escena. Así *Barbayorgos*, tío de Karaghiozis —y casi tan popular como éste— es un pastor montañés del Epiro, fuerte, valiente, ingenuo, mentalmente lento y con un gran amor propio. Víctima propicia de los chistes de su sobrino, luce como atuendo la típica “fustanela” griega. *Jatziabatis* por su parte, es un adulator, astuto e incansable, que sólo piensa en vivir sin hacer nada. Karaghiozis, sobre quien recaen siempre sus golpes, lo hace, a su vez, destinatario de los suyos; en definitiva, ambos se entienden bien y aparecen, muchas veces, como compañeros de aventuras. A *Ñioñios* se lo representa con la figura de un seudo aristócrata de la isla de Zante, siempre vestido de etiqueta y que no le ahorra golpes a Karaghiozis; *Morfoñós*, “el hermoso” se cree un Don Juan. Viste como un *dandy* y las muchachas se ríen de él. Es tonto, petiso, cabezón y de gigantesca nariz, que Karaghiozis, sistemáticamente confunde con una mano, estrechándola con fuerza y haciendo las delicias de los espectadores. El pequeño *Kollitiri* “el pegadizo”, es el calco de su padre Karaghiozis y está adornado de sus mismas “virtudes”. *Beis*: es un comerciante perteneciente a la alta sociedad. Se lo representa como el prototipo del buen padre de familia y es el personaje que suele dar comienzo a las obras. *Derbénagas*: simboliza autoridad del Pachá; es un valentón de carácter inocente y pese a su gran corpulencia en el fondo de su ánimo teme a Karaghiozis. *Stávras*: nacido en Psirí, barrio pobre de Atenas, es un bravucón, falso y provocador. Pese a su apariencia, un cobarde que no pierde oportunidad de pegarle a Karaghiozis (como se advertirá, medio mundo le pega a la estrella del teatro de sombras). *Salomón*: es un judío, natural de Tessalónica, inteligente, avaro, desconfiado y, a la vez, un gran estafador. Los personajes femeninos han quedado virtualmente reducidos a dos, cuya ultrasimplificada caracterización documenta el tradicional “machismo” de los griegos, que el teatro de sombras —*espejo de la vida*— no puede dejar de registrar: *Aglaiá*: doméstica gorda, con rodete. Verdadera Xantipa, su voz suele estar más presente que su imagen. Eternamente quejosa, no hace cuestiones de principio a las actividades de su marido —Karaghiozis— mientras éstas sean fructíferas. *Aicé o Fatime*: es la “muchacha bella” por la cual suspiran, sin excepción, todos los personajes masculinos del teatro.

## Los animadores

El animador es el alma del “teatro de sombras” griego. Oculto detrás de la pantalla es el *deus ex machina* de este pequeño mundo. Ayudado por algún colaborador más o menos espontáneo, se vale de su voz, de sus manos, por momentos de sus pies, para dar vida a la magia de la representación. Ha montado el tinglado, efectuado el reclamo, cobrado la entrada, improvisado una obra, confeccionado un muñeco, etc. Su vida transhumante y la naturaleza satírica del espectáculo que ofrece no le atraen las simpatías de las autoridades locales, que muchas veces aceleran su partida. La pobreza endémica del público no contribuye a mejorar la situación.

Pero hay en él una suerte de fuego sagrado, un orgullo profesional, una alegría vital de poeta que, pese a todos los inconvenientes, lo larga a los caminos. Socialmente descalificado, debiera ganarse su lugar con singular esfuerzo; pero las dificultades templan el corazón, no hay duda. Oigámoslo de su propia boca: “¿*Qué querés que te diga amigo?* —dice Roulias, un animador—. *Es un arte difícil el nuestro. Muy difícil. Ni te lo podés imaginar. Pero tiene sus gratificaciones. ¿Cómo puedo explicarte? Es un arte con particularidades propias, con nervio, con altibajos. Pero da satisfacciones. Entendés que estás haciendo algo que no lo puede hacer otro. Te volvéis orgulloso de ‘ti mismo. Otros son médicos, abogados, almaceneros, dueños de café; tienen su lugar en la sociedad. Uno también tiene que ocupar el suyo. La sociedad no te lo da: lo tomás solo. Lo llevás dentro tuyo*”<sup>5</sup>.

El padre de Karaghiozis moderno fue Dimitris Sartounis (1856-1902), más conocido como Mímaros, que jerarquizó este espectáculo popular y gracias a quien se lo pudo ver nuevamente en Atenas, hacia 1890. El resultado de su intenso trabajo de recopilación, reelaboración y creación fijó las características hoy ya tradicionales del género y aumentó substancialmente su repertorio, enriqueciéndolo con nuevos personajes como nuestros conocidos Ñiñios, Kollitiri, Yerásimos y otros. Pero su importancia no termina allí, pues tres de sus asistentes, Yannis Roulias, Teodorillo y Dimitrios Christodulu (Memas) continuaron su obra, dando origen a la vez a tres escuelas, a las que, de uno u otro modo, pertenecen todos los animadores modernos; entre ellos figuras como Andonis Mollas, Mitsos Manolópulos, Markos Xanthos y Skarimbas. En épocas más recientes la figura dominante fue la de Sotiris Spatharis, continuada hoy por su hijo Evgénios quien, con inquebrantable vocación e ingenio rescató en Grecia al teatro de sombras del golpe casi fatal que le aplicaran el cine primero y la televisión después.

Fue en 1953, a partir de su gira por Norteamérica —durante la cual presentó su espectáculo en el Carnegie Hall de Nueva York— que el teatro de sombras griego alcanzó verdadera dimensión internacional. Gracias a Spatharis Karaghiozis pasea su desenfado por París, Roma, Moscú, Londres, Alejandría, Estocolmo y otras muchas ciudades. Una última satisfacción le estaba todavía reservada a este gran animador. Fue de su mano que Karaghiozis hizo su debut en televisión, permaneciendo allí durante casi veinte años.

Del arte de los animadores puede decirse, finalmente, con las palabras del poeta Karouzos, refiriéndose a Scarimbas, que nos aproxima “a una sabiduría que enseña lo máximo a través de lo mínimo, lo eterno a través de lo cotidiano, lo valioso a través de la baratija”.

El espectáculo teatral Karaghiozis ha generado una importante actividad plástica paralela (escenografías, carteles, caricaturas, ilustraciones, etc.) que, si bien en la actualidad ha recibido el apoyo de destacados pintores y grabadores griegos, en otro

5 Fotiadis, Atanasios: *op. cit.*, p. 160.

tiempo estuvo casi en forma exclusiva en manos de los multifacéticos animadores, o de artistas anónimos, que hicieron de ese modo una contribución substancial al arte popular griego.

No es casualidad que el “teatro de sombras” Karaghiozis se desarrollara en Grecia a partir del advenimiento de la independencia nacional, en el siglo XIX. Como toda forma de arte, necesitaba, cualquiera fuere su origen, de la libertad de expresión para crecer. Y si la comedia satírica ática fue el fruto inmortal de un pueblo que dio al mundo, en el pasado, el ejemplo de la democracia clásica, su lejano y maltrecho descendiente documenta hoy, con su existencia, la democracia presente, dentro de la cual el ingenio popular clava las ácidas banderillas de su humor, como una de las más eficaces formas de la autocrítica —castiga riendo mores— que pueda mostrar una nación.

Hoy es posible afirmar que Karaghiozis ha sobrevivido a sus congéneres fronterizos porque adoptó definitivamente la nacionalidad griega; es decir, eligió la libertad.